

A
R
T
E

XXIII

C
A
D
E
R
N
O

LE

UNIVERSIDAD

BOLIVARIANA

HUMBERTO CHAVES VILLA

Por René Uribe Ferrer

La obra de Humberto Chaves acaso no es tan conocida como debiera, porque él no ha buscado la publicidad. Van más de tres años de su única exposición. Se ha consagrado a elaborar su obra sin importarle mucho el aplauso ni la censura del público. No lleva tampoco una vida aparte de la del común de los mortales ni trata de destacarse con excentricidades o posturas desconcertantes. Se ha resignado, sin más protesta que un poco de ironía, a ser un modesto ciudadano como todos nosotros y a vivir de un sueldo en una actividad apartada por completo de sus aficiones. Pero el resto de sus horas las ha dedicado con fervor a su vocación. En sus cuadros —óleos y pasteles— está el resultado de esa fervorosa y callada labor.

La mayoría de sus obras tienen por centro la figura humana. Como no puede menos de acontecer y como ha ocurrido con la casi totalidad de los pintores de todos los tiempos. El arte busca siempre, directa o indirectamente, realzar al hombre. Los retratos que ha creado Chaves, son clara muestra de la maestría técnica de su autor, que en la reproducción de las facciones de una persona determinada ha adquirido la rigidez y la exactitud que son necesarias para que, una vez abandonado el campo de la fidelidad estricta a un modelo, pueda lanzarse a los vuelos de la creación libre, sin que ésta degeneren en arbitrariedad.

Dicho vuelo lo observamos en los cuadros en que la figura humana deja de ser la representación de una persona determinada para convertirse en la expresión de una idea o de una emoción de aquellas que llenan el alma del artista y pasan a informar la obra que a su vez nos conmueve a los legos.

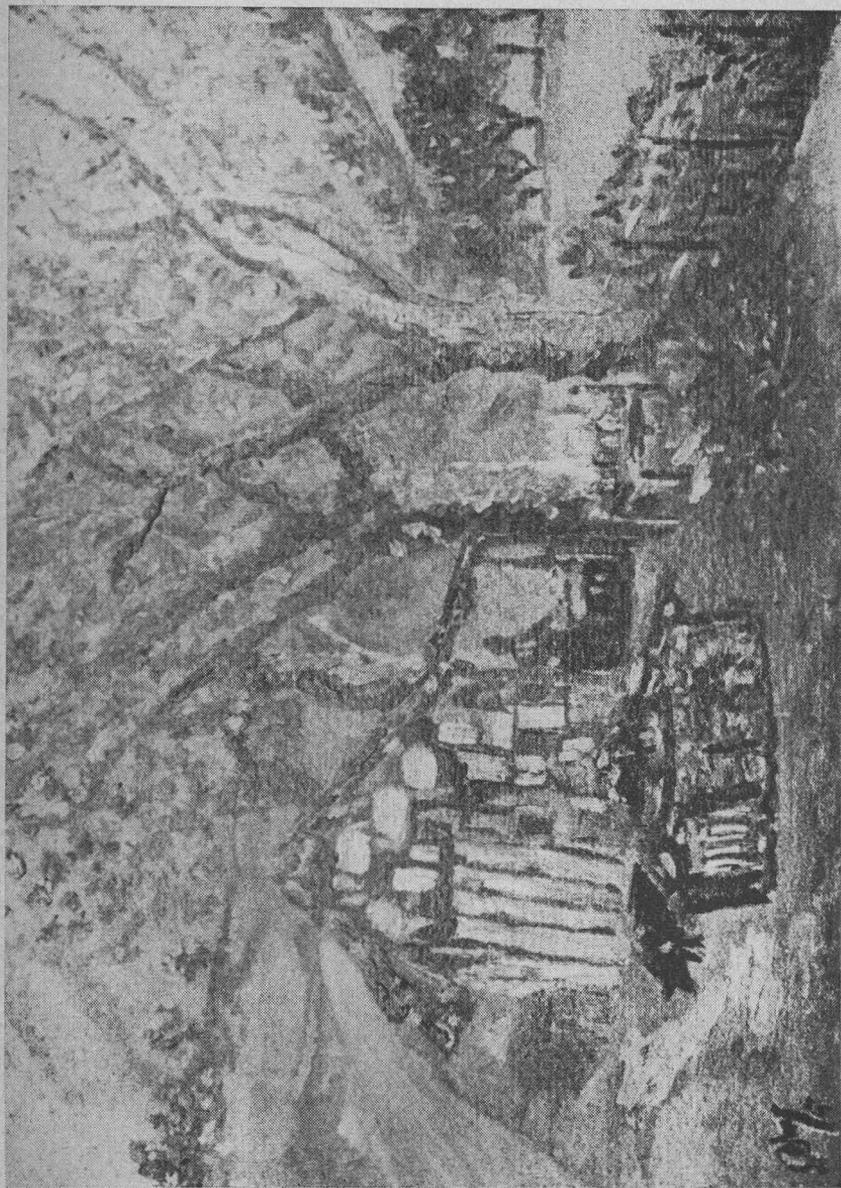
Pero Chaves se ha librado de esta enfermedad moderna que consiste en estereotipar la angustia como único tema de la obra artística, quitándole su sinceridad y por lo tanto su poder de conmoción del ánimo del espectador. El ha superado esa angustia con el amor, única fuerza positiva capaz de transformar los hombres y el mundo.

Y ahora esta amable pintura nos invita a fijarnos en la serie de paisajes tropicales que captan con brillantes colores la agobiadora luz de nuestras tierras cálidas. Hay que saber que el pintor vivió tres años en las orillas del Magdalena para comprender el algo esta fusión lograda con tales ambientes. Lograda sin incurrir, como otros paisajistas, en la recargada profusión de colores chillones. Es por lo tanto una pintura en que apenas intervienen otros matices que los vecinos al blanco y al gris. El lograr con esa economía de materiales un cuadro perfecto es clara muestra de la capacidad artística de Chaves.

La realidad, sea la realidad humana o la de la naturaleza, constituye, pues la esencia misma de su obra. Pero no una realidad copiada servilmente, fotográficamente, sino elaborada por la individualidad del pintor, recreada por su imaginación y su sensibilidad. Bien sabéis que la "realidad real", para usar un inevitable pero sólo aparentemente pleonasma, es algo muy distinto de la "realidad artística". Las sirenas que encantaban a los navegantes griegos y los atraían al naufragio, carecían indudablemente de realidad real. Pero que tenían una suprema realidad artística lo demuestra la serie de obras inmortales que en ellas se inspiraron, desde Homero hasta Rubén Darío. Obras que a pesar del paso de los siglos continuarán comunicándonos, con su frescura primitiva, su mensaje estético. En cambio, todos nosotros estamos fatigados de ver cuadros donde se reproducen paisajes y tipos de nuestra tierra y de las otras tierras con innegable fidelidad fotográfica, pero sin que tales obras nos conmuevan, salvo con el fastidio; sin que logren comunicarnos una sensación de belleza, porque el pintor ha sido incapaz de crearla.



GESTO DE BEETHOVEN



VIVIENDA HUMILDE

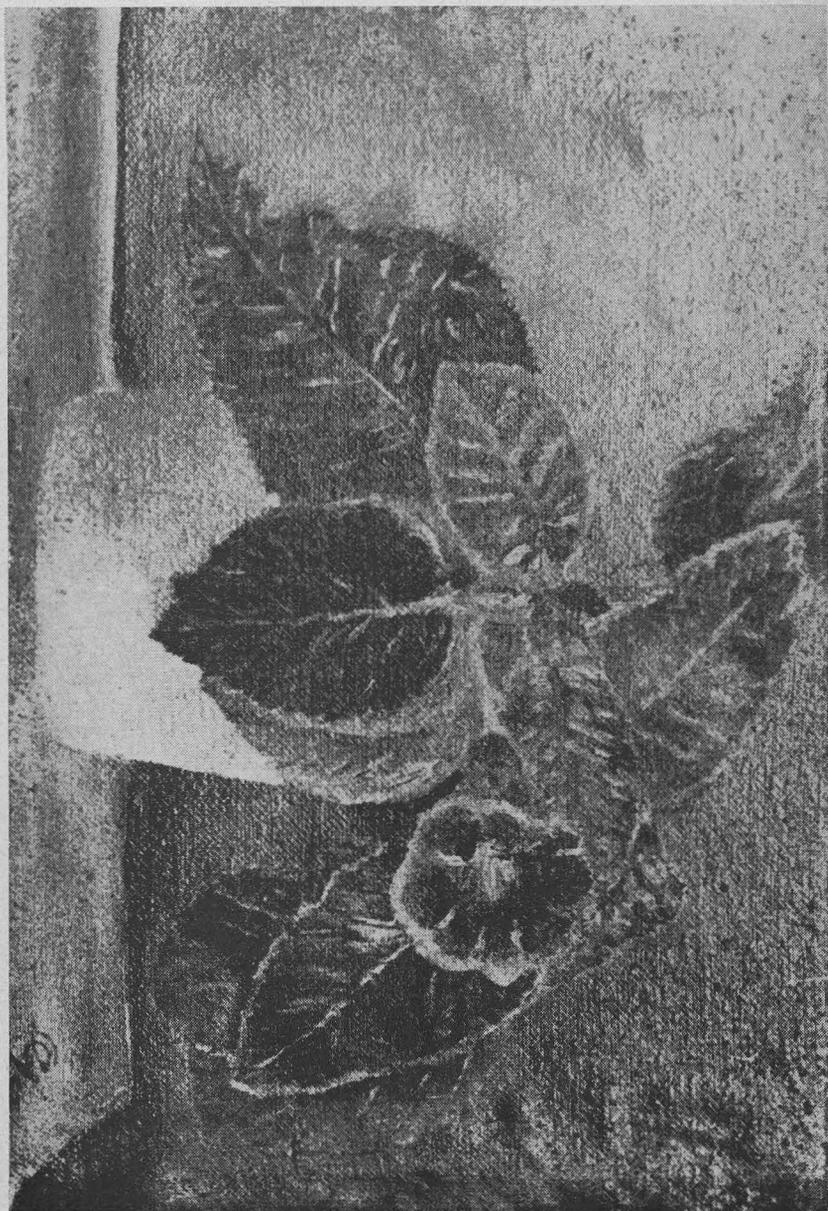
ROSAS

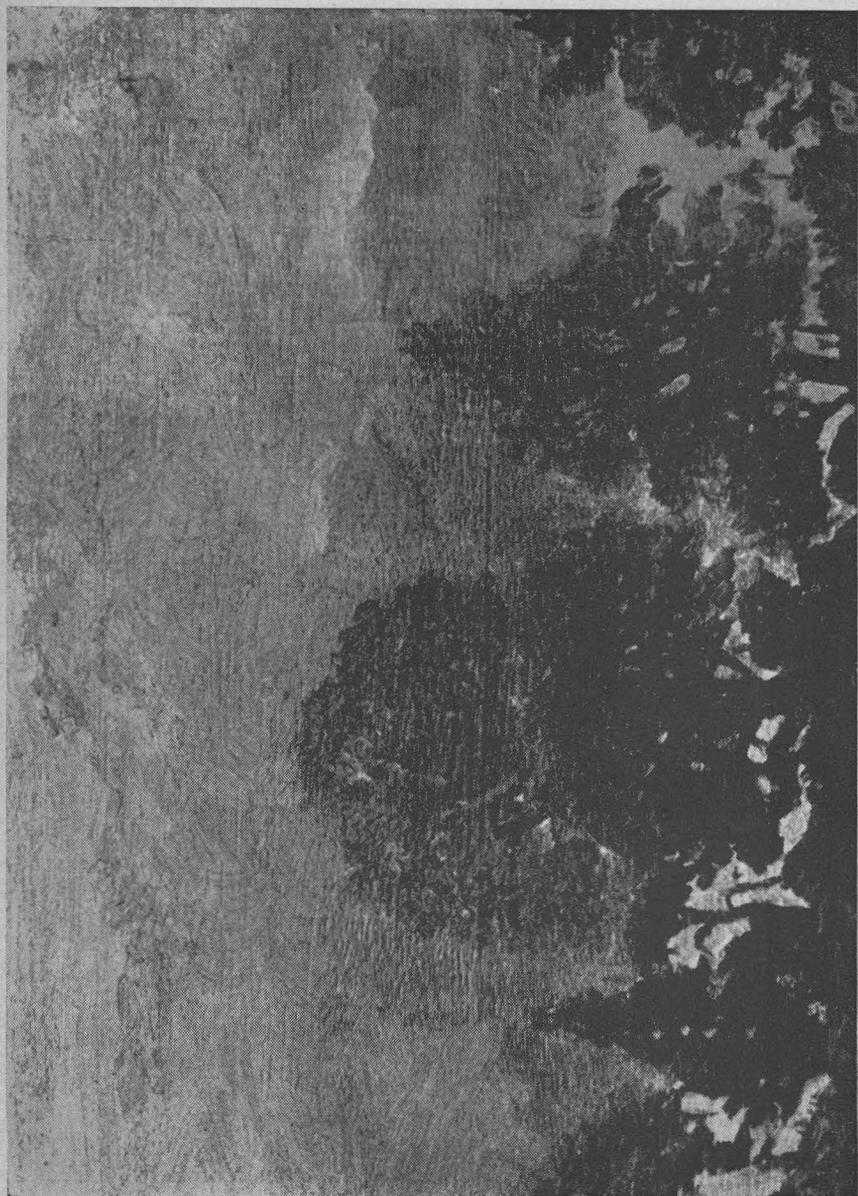




VIEJO CAZADOR

GLOSINIAS





CREPUSCULO EN LA SELVA